

## E. SUDA

## NOTAS INTERNACIONALES

Las elecciones generales municipales en Inglaterra y Escocia marcan un fuerte aumento del capital electoral del Laborismo. Faltan todavía los pormenores sobre el reagrupamiento de los sectores en que se halla dividido el gran partido obrero; y con ello se carece tal vez del índice más importante del panorama político inglés. Sería, sin duda, muy interesante conocer qué intervención numérica le cupo al grupo de Cripps y a los laboristas independientes en las regiones de Lancaster, en las cuencas mineras y en las regiones superindustrializadas del Thyne. Células de un laborismo radicalizado existen hoy diseminados en todo el reino y a pesar de la tregua interna habrán encontrado traducción en las representaciones.

En evidencia queda que la clase obrera y considerables sectores de una clase media en rápida proletarianización están viviendo un intenso proceso de agitación; también Inglaterra se acerca a un momento históricamente decisivo de su política interna.

En las zonas industriales, particularmente afectadas por la miseria, ha sido llevada la lucha electoral con inusitado énfasis. El mayor aumento de votantes laboristas se registra también en las grandes ciudades donde, a su vez, se nota un creciente empeoramiento de las condiciones de vida del asalariado.

En vista de esta enorme inquietud de las masas asalariadas preocupa, como es natural, la falta de una poderosa corriente socialista revolucionaria. La lucha es allí peculiarmente difícil pues, pese a la última gran derrota en las elecciones parlamentarias, subsiste un aparato partidista que es todo, menos revolucionario. Un cerrado centralismo de la organización controla la prensa y el movimiento obrero. Lo que es la democracia interna lo ha demostrado el desarrollo del último congreso.

Debido al escaso alcance de la acción municipal ha de valorarse el resultado de estas elecciones preferentemente como síntoma de

mutación en la opinión pública. Distinto ha de ser, seguramente, la campaña que en el año próximo se hará para la renovación de los Comunes. Las enseñanzas del proletariado alemán, austriaco y español han dejado hondas huellas en el proletariado inglés. Los mineros, metalúrgicos, textiles y los obreros de los astilleros están presionado con energía a la dirección del partido en el sentido de una orientación distinta a la que ha sido normativa del laborismo a partir del año 1924, cuando el reaccionario Winston Churchill organizó la primera gran contraofensiva al laborismo. Acaso por primera vez se cita el marxismo, la táctica revolucionaria y la dictadura del proletariado con alguna amplia base en Inglaterra. Hay, al efecto, una ventaja. Las cabezas más visibles del reformismo suicida han sido cortadas políticamente por su propia traición. Y aun cuando el viejo Lansbury no parece el más indicado para quebrar con una tradición política y sindical desastrosa, no hay duda que en la gigantesca re-verta del proletariado inglés se multiplican aceleradamente los gérmenes de la acción revolucionaria.

## AUSTRIA Y LA REORGANIZACIÓN DE LA RESISTENCIA OBRERA

El frente revolucionario del proletariado austriaco se halla dividido en tres sectores. Por un lado está parte de la vieja dirección del partido, limplada escasamente de los hombres que en los últimos años no supieron dignamente afrontar las graves circunstancias. Por el otro, están los camaradas que se hallaban dentro o en contacto con el "Schutzbund", la organización defensiva de la socialdemocracia austriaca. Y en tercero, los comunistas.

Con especial intensidad prosigue el conflicto de los primeros con los segundos. La gente del "Schutzbund" niega a

ciertos hombres el derecho de hablar ahora de la insurrección y de la dictadura revolucionaria después de haberse negado con anterioridad sistemáticamente a buscar estas soluciones en momento más oportuno. También protestan por la invocación de los nombres de Weissel, Wallisch y Münchreiter por parte de quienes en el año 1929 los catalogaban de "comunizantes". Weissel, segundo comandante del "Schutzbund" y jefe de brigada de los bomberos municipales de Viena en 1929, clamaba con Münchreiter por una insurrección armada de los socialistas en circunstancias que marcaban el apogeo de la potencia partidaria. En la dirección del Partido tropezó con una indiferencia de piedra. Por eso hubo de renunciar a su comandancia en el "Schutzbund", al que se arrancaron los uniformes y se requisaron las armas. Hoy, que Weissel, Münchreiter y Wallisch no sobreviven más que en el recuerdo de sus heroicas acciones y de su valiente afirmación del socialismo revolucionario en el patíbulo, lo reivindican como socialistas y "suyos".

El grupo del "Schutzbund" trabaja en activa cooperación con los comunistas. Su órgano ilegal está a cien codos de claridad de conceptos socialistas sobre el "Arbeiterzeitung" aun cuando, y justo es reconocerlo, también este órgano está superándose día a día en clara posición táctica y teórica del socialismo.

Los comunistas que nunca habían tenido mencionable capital político en Austria, y que sobre casi setecientos mil votantes no habían alcanzado en Viena a cuatro mil, han aumentado también considerablemente sus efectivos. Nada de extraño: la táctica del socialismo reformista incubaba en las masas obreras más inclinaciones fascistas y comunistas que la opresión de los gobiernos reaccionarios.

## DELIMITANDO POSICIONES

## DOS CAMINOS

HABLASE en el Partido, de derecha y de izquierda; hay quienes afirman y quienes niegan su existencia.

Como de existir las dos tendencias ellas implicarían dos caminos diversos señalados al Partido en su marcha actual y futura, fuerza es empezar por averiguar si tales tendencias y caminos diversos existen realmente examinando el contenido ideológico que manifiestan los grupos o sectores.

Una modesta contribución a la dilucidación del punto, es la finalidad de estas líneas. Veamos qué contienen esa "derecha" y esa "izquierda".

La derecha. — Está con Bernstein, o sea contra Marx. Esto quiere decir que no es revolucionaria sino reformista, más aún: antirevolucionaria. Sabido es que para Bernstein — creador del revisionismo, que es la negación de lo esencial del marxismo — la sociedad capitalista, en vez de llevar en su seno el germen de las causas que la han de destruir para dar lugar al nacimiento y desarrollo de la sociedad socialista, llevaría una capacidad tal de adaptación a las condiciones nuevas, que su bancarrota sería imposible y estaría, por el contrario, naturalmente destinada a perpetuarse. Eso, por una parte; por otra, esa misma sociedad capitalista, adaptándose, evolucionando y someténdose de buen grado a las pequeñas reformas diarias que se introdujeran a la misma, poco a poco, insensiblemente y sin ninguna crisis ni violencia, se iría transformando en la propia sociedad socialista que ansiamos. El capitalismo, en su marcha evolutiva nos conduciría pues, como por sobre rieles, al socialismo.

Los representantes de nuestra derecha (Revista Socialista, núm. 49, pág. 402 y sigs., citamos para documentar el aserto) agregan a esa concepción bernsteiniana que el que esa evolución nos lleve un día al socialismo (a la sociedad socialista, basada en la socialización de los medios de producción etc.) es una mera hipótesis especulativa, es decir una suposición sin relación alguna con la tarea actualmente a cumplir, una idea que tiene cabida en el campo de la doctrina no habiendo a la vista posibilidad alguna de utilizarla prácticamente en la menor medida.

Para Bernstein, como para nuestra derecha, el movimiento es todo, el fin nada; pero mientras Bernstein sostiene que así andando, marchando siempre, con esa evolución mecánica de la sociedad que él concibe poco menos que fatal, necesaria, en el capitalismo, se llegará un día al socialismo, nuestra derecha se desprende de esa afirmación, la hace una mera hipótesis, carente de todo interés práctico y totalmente indiferente al movimiento socialista. Bernstein dice: "Basta marchar para llegar al socialismo, por eso solo

interesa marchar". Nuestra derecha dice: "Basta marchar, nos lleve, esa marcha, al socialismo o a cualquiera otra parte, lo mismo da". Para el primero, la marcha encierra todo el programa del socialismo; para la segunda, la marcha es todo el programa, no importa de lo que fuere. De las dos maneras se llega pronto al oportunismo, pero mientras por la vía de Bernstein se atiende al socialismo (porque su sistema concibe el movimiento como naturalmente orientado en tal sentido), por la vía de nuestra derecha, se hace caso omiso de semejante hipótesis. Bernstein quiere el socialismo y si no lo puede por fin de su movimiento es porque lo supone su fin fatal: la derecha nuestra es indiferente al socialismo, de ninguna manera lo erige en fin del movimiento.

Adopta, es cierto, esta derecha, la definición que da Justo del socialismo, pero, con ser ésta bernsteiniana, en su aspecto general, y por cierto bastante vaga, se queda en la primera parte (la del movimiento, la del reformismo), pues hace de la segunda, con su particular interpretación (ver lugar citado) una mera hipótesis especulativa desprovista de todo interés práctico y actual, como hemos dicho.

En la síntesis más alta, la derecha resulta así ultra-bersteiniana. Sobrepasa al creador del sistema revisionista, o principal sostenedor, en su anti marxismo.

De tal posición resulta lo siguiente: no hay por qué salir de la sociedad capitalista que, empezando por su base, el sistema económico de producción a base de propiedad privada e interés individual por la ganancia, debe ser defendido y desarrollado indefinidamente, ya que estaríamos, con él dentro del curso mismo de la evolución y del progreso (el mito del progreso, idea metafísica). La revolución, el cambio del sistema, son cosas sin sentido. Se agrega un argumento peregrino, de relación contingente y accidental: el sistema capitalista ha acrecentado enormemente la producción, eso es un hecho, es una cosa probada; en cambio no es una cosa probada (Rusia no entra en la mente de ningún reformista cuando implica un argumento diverso) porque el socialismo pudiera acrecentar o sostener, siquiera, ese grado de productividad no resultaría un mal sistema? No destruiría la productividad del capitalismo el socialismo. ¡En la duda, en efecto, se concluye, quedémosnos donde estamos, sigamos con el sistema capitalista!...

Como consecuencia de ello viene la acción diaria de ayudar, facilitar y apoyar el más libre y amplio desenvolvimiento del capitalismo. Nada más lógico: los intereses capitalistas serían los intereses generales, los intereses sociales (sin contradicciones intrínsecas en el sistema capita-